

C R O N I C A

1. *General*

- ¶ Pedagogismo informático e ironía universitaria
- ¶ Poder y Trascendencia
- ¶ El orden internacional
- ¶ La función consultiva, un vacío secular dentro del régimen de

2. *Legislativa*

- ¶ El régimen jurídico de los bienes municipales en la nueva ley de municipios y administración comunal (DL 1.289/76)

PEDAGOGISMO INFORMATICO E IRONIA UNIVERSITARIA

Una contestación contra los iconos profanos de mala ley: éste es el sentido de mi intervención en esta noche. Debo, pues, ante todo, pedir excusa si interrumpo la serena secuencia de estas lecciones con una que puede parecer agresión iconoclasta. Porque todos somos víctimas, con mayor o menor resistencia, del ambiente de nuestro tiempo, pero la actitud contemplativa que la existencia universitaria conlleva, facilita quizá la denuncia de algunos males que nos afligen, males intelectuales, de los que irreversiblemente se sigue, no obstante, un deterioro también moral. Pero empecemos por plantear la cuestión partiendo de la relación entre Información y Pedagogía.

Tanto las Ciencias de la Información como las Ciencias de la Educación —o, como prefiero llamar, de la Instrucción pública— son ciencias sociales, claramente diferenciadas, por un lado, de las Humanidades, por otro, de las Ciencias Naturales empíricas. Son ciencias sociales y no propiamente humanas —como se las llama a veces con grave confusión— porque su objeto no es la reflexión de la conciencia humana, necesariamente personal, sino el comportamiento de la masa social ante la Información o la Instrucción, y las técnicas pertinentes.

La nueva pedagogía

La antigua pedagogía, que se manifestó también, y muy especialmente, como arte de la educación de príncipes, se refería en todo caso a la educación de los niños y jóvenes individualmente considerados. Esto permitía que de algún modo la Pedagogía se mantuviera emparentada con las otras ciencias humanísticas. Como todas ellas, también el estudio pedagógico versaba sobre obras escritas, sobre textos que contenían opiniones y consejos de autores que habían tenido alguna experiencia como educadores de la infancia y de la juventud. Venía a ser, en cierto modo, como una técnica de enseñanza de las Humanidades, y en tal función se justificaba la conexión con ellas. Hoy, en cambio, no se trata ya de las doctrinas de los pedagogos sobre la enseñanza humanística, sino de la experiencia directa de una enseñanza masiva de toda la población de un territorio y con fines principalmente téc-

nicos; el mismo aspecto territorial —el problema, por ejemplo, de la escolarización concentrada o no que hoy se debate— ha adquirido un rango primario en la temática de la Pedagogía. Cabe dudar incluso de si el nombre de Pedagogía sigue siendo adecuado, no sólo porque tal designación recuerda el antiguo planteamiento personalista de esta disciplina, sino, más especialmente, porque la nueva Pedagogía o Instrucción pública no se limita ya a la infancia y a la juventud, y pretende abarcar a toda la masa social sin distinción de edad o sexo, de grado de cultura o profesión. Toda la masa —se pretende hoy— debe quedar sometida a una permanente acción instructiva y educadora, la cual no puede menos de organizarse socialmente y someterse ella misma a un constante proceso de revisión, pues también los instructores deben ser constantemente instruidos. Se habla, en este sentido, de “formación permanente”.

La idea de la “formación permanente”, de la que depende una técnica ambiciosa de instrucción social sin límites, no deja de apoyarse en una consideración ética muy real, que es la de la natural imperfección humana. En efecto, la imposibilidad de que los hombres podamos alcanzar en la Tierra una verdadera perfección justifica que debamos realizar un constante aprendizaje, para el que conviene que todos nos hagamos “como niños”, según el consejo evangélico. Pero este fundamento ético no es el único, ni siquiera el decisivo, para la implantación de un sistema de instrucción permanente. Esta obedece sobre todo a una idea muy distinta, como es la del constante movimiento de los conocimientos, es decir, de la relatividad e inestabilidad de la ciencia siempre en progreso. Del mismo modo que la Investigación Científica se halla en un proceso de constante avance, del mismo modo, se dice, la humanidad, cada grupo social, debe proceder constantemente a la revisión de sus conocimientos: debe “ponerse al día”. Pero la verdadera razón que determina este planteamiento —por el que se traslada al régimen de las conciencias la actualización necesaria de la Investigación Científica— es aquel antiguo escepticismo por el que nunca se cree haber alcanzado la Verdad, ya que el último fin de la Ciencia es sí la Verdad, pero la Ciencia renuncia a la Verdad y prefiere erigirse ella misma en fin, como lucha incesante por una verdad nunca lograda, ni alcanzable, y por ello mismo desatendible. No se trata ya de la antigua modestia del sabio que renunciaba a llamarse tal, y prefería pasar por simple estudioso de la sabiduría: no “sophos”,

sino "philo-sophos". Con esta modestia filosófica podía entroncar todavía aquella otra actitud del cientifismo moderno que vemos ejemplarmente representada en unas palabras de Lessing dos veces centenarias que no me resisto a citar completas. Decía así *Lessing*: "No la verdad, en cuya posesión está o cree estar un hombre, sino el esfuerzo sincero que hizo por penetrar esta verdad es lo que da valor al hombre. Porque sus fuerzas se acrecientan, no por medio de la posesión, sino por medio de la investigación de la verdad, y sólo en ello consiste su perfección cada vez mayor. La posesión torna al hombre calmoso, perezoso, altanero. Si Dios tuviere en su mano derecha toda la verdad, y en su izquierda tan sólo el impulso siempre activo de buscarla, aunque fuera con el aditamento de tener yo que errar siempre, y me dijera "Escoge", yo con humildad asiría su mano izquierda y le contestaría: "Padre dámelo, porque la Verdad pura es sólo para Ti".

Esta simbólica y patética ilustración del cientifismo moderno partía del grave error —producido por las aflicciones heréticas sufridas por la Cultura Occidental— de pensar que la Verdad es algo que Dios tiene, cuando, en realidad, Jesucristo en persona es él mismo Verdad. Pero aún con ese esencial defecto, esa actitud científica no parecía negar que hubiera una Verdad, sino que, desde el punto de vista de la existencia humana, sólo consideraba apreciable la búsqueda de aquélla, la investigación científica y el conocimiento esforzado —la *Erkenntnis* de la tradición alemana— que aquélla puede procurar.

Hoy, en cambio, el planteamiento es muy distinto, pues se prescinde definitivamente de la Verdad, y de su búsqueda, para dejar sólo unos datos de última actualidad, cuyo valor no está ya en su ajuste a una Verdad permanente, sino en la misma actualidad de su formulación siempre provisional e insegura.

Pero hay más: el traslado, a la vida social, de lo que pudiera ser acaso un estímulo para la Investigación Científica, no puede dejar de minar la seguridad de la misma vida social, ya que ésta no discurre precisamente sobre los resultados de la Investigación Científica —por más que éstos la puedan afectar de distinto modo—, sino sobre la base de verdades morales permanentes, verdades pertinentes a la conducta personal inserta en la convivencia social. De este modo, en el fondo de la "formación permanente" tal como se plantea y organiza en nuestros días, subyace la negación de verdades morales primarias e indiscutibles. El mismo desarrollo de la sensibilidad artística que la

Pedagogía moderna cultiva con especial énfasis y esmero, con su escuela de servidumbre a la moda de cada momento, contribuye a esa relativización constante de la Verdad moral, con grave detrimento del orden moral y de la misma consistencia social.

Así, pues, lo que podría ser una constante renovación del perfeccionamiento personal se ha convertido en una constante revolución de novedades.

Un ejemplo nos puede ilustrar sobre este corrimiento de ideas a que me refiero. El que de niño había estudiado el Catecismo de la Doctrina Cristiana, es claro que no debía contentarse, para toda su vida, con esa instrucción elemental, sino que debía perfeccionarse constantemente en la comprensión de las Verdades de la Fe; pero sabía, de todos modos, que estas verdades no cambiaban: sabía que el libro de Teología que debía leer en la madurez de su vida no era más que un desarrollo de aquel núcleo de verdades que había aprendido en la infancia. Por eso mismo, no parecía necesario organizar ningún sistema coactivo para tal progreso de la información, sino que éste dejaba a la libre iniciativa personal, y los estímulos para ello no pasaban de ser los de la habitual predicación en sus formas tradicionales. Quien no quería aprovechar tales estímulos no progresaba ciertamente en su formación —como tampoco progresaba en su cultura el que no volvía a leer un libro en su vida, después de haber abandonado la escuela—, pero podía mantener al menos aquel núcleo certero y firme que le permitía vivir sencillamente su Fe. En el plantamiento actual, en cambio, se pretende renovar constantemente la formación y con ello se produce inevitablemente la impresión de que esto es necesario porque lo aprendido anteriormente ha perdido ya vigencia por el simple transcurso del tiempo, como ocurre con los libros de la Investigación Científica, o también con las modas. En consecuencia, en ningún momento de la vida llega a confiarse en la permanencia definitiva de aquéllo que se está aprendiendo: todo parece relativo y transitorio, pues hay necesidad de volver a someterse a una nueva instrucción organizada para poder estar siempre al día: no se trata ya de profundizar en la Verdad, sino de “estar al día”.

Este corrimiento que en el caso de la formación religiosa resulta excepcionalmente claro, no deja de ser verdadero en otros campos menos dogmáticos de la formación humana. Los conocimientos no sirven ya para la consolidación de una inteligencia, y de la concien-

cia, sino que son considerados en todo momento como datos de vigencia transitoria, y aunque ésto pueda ser parcialmente exacto para la investigación científica, una vez trasladado al orden de la convivencia social, no puede menos de producir una aniquiladora inestabilidad del orden necesario para la misma convivencia.

Bajo el influjo del progreso de la Investigación Científica sustitutiva de la Verdad, la Instrucción pública viene a constituirse como un sistema de suministro incesante de datos, es decir, de proposiciones convencionales, pero impuestas por la misma organización social que las suministra, y sometidas a constante revisión.

El dato ha venido a sustituir a la noción. Esta era personal, y se integraba en el ser mismo de los hombres; el dato, en cambio, es algo exterior, que el hombre puede tener y acumular, y utilizar para ampliar su acción y su poder, pero que nunca llega a integrarse en la personalidad. Se produce así una suplantación del ser, del "ser culto" o "ser sabio", por un simple "tener datos", "tener información": la superioridad del hombre, y de la sociedad en su conjunto, se cifra así en la cantidad de la información acumulada o disponible y no en la calidad de la formación personal.

La información social

Con esto hemos entrado ya en el tema de las Ciencias de la Información, es decir, aquellas ciencias que se ocupan del suministro a la masa social de todo orden de noticias. La cuestión que a este respecto se presenta, es la de en qué medida pueden considerarse hoy como una extensión de la misma Instrucción pública de que hemos venido hablando, ya que, como hemos dicho, ésta ha llegado a concebirse también como un suministro de datos.

Quizá pudiera decirse, a primera vista, que la Información se caracteriza por su objetividad, variedad e independencia del resultado, en tanto la Instrucción obedece a un plan que selecciona los datos con determinados criterios y los orienta para producir el efecto educativo que persigue. Sin embargo, esta diferencia, en realidad, no es hoy tan simple, y cabe decir que, del mismo modo que la Instrucción se presenta como un suministro constante y renovado de datos actualizados, también la Información opera con la pretensión de modelar y hasta dominar pedagógicamente la mentalidad social. En otras pala-

bras: la Instrucción se realiza mediante Información, y la Información sirve a un determinado plan de Instrucción pública.

La consideración de dos líneas tangenciales puede ilustrarnos esta aproximación real entre la Instrucción y la Información: la primera es la línea que va de la Enciclopedia a la Informática, y la segunda, la que va de la Publicidad a la Propaganda.

La enciclopedia alfabética, tal como se presenta en la Edad Moderna, ha servido para ofrecer a la mayor masa posible de población la mayor cantidad posible de datos. Supone una renuncia a una ordenación sistemática de las ciencias tal como lo había concebido la Antigüedad —con su ideal de “paideia” completa o “enkyklo-paideia”— y había pretendido mantener, e incluso aumentar —aunque sólo sea por la ampliación de las Ciencias Sagradas—, la Edad Media. Se trataba de multiplicar los datos suministrados y facilitar el acceso a los mismos, con la consiguiente popularización cultural que ello implicaba: para ello, nada mejor que la presentación de todos los datos por un orden alfabético de lemas, sin más distinción.

Si la generalización de la imprenta había venido ya a consolidar la mentalidad lineal impuesta por la escritura, en la que las ideas se van ordenando, una detrás de otra, mediante signos visuales uniformes, en apretada secuencia mecanizada y regular, como batallones en filas, este nuevo orden de datos de las nuevas enciclopedias cumplía aún mejor las exigencias de la economía informativa, y precisamente a costa de una desintegración del orden sistemático y jerarquizado; incluso podía estimarse como el triunfo de la objetivación científica sobre el subjetivismo personalista, pues la personalidad del autor quedaba ocultada tras la máscara de una anónima exactitud.

Ahora bien, es notorio que esta forma de divulgación cultural que se nos presenta como Enciclopedia, obedecía a una determinada ideología, y no es casual que el “Enciclopedismo” se entienda en referencia precisamente a esa especial ideología que trataba de formar una nueva mentalidad racionalista, hedonista y anticristiana que pesa todavía sobre la cultura de nuestro siglo, aún con el lastre de las ideas hoy trasnochadas que lo inspiraron. No es una pura casualidad que el renegado Bayle, y luego intelectuales afectados también de diabolismo, como fueron Diderot, D’Alembert, Voltaire, etc., que dejaron tras de sí una estela de blasfemia, sean los promotores de esa nueva Pedagogía instrumentada por las enciclopedias. Es, por lo tanto, muy natural

que otras enciclopedias contrarias a esa ideología trataran de contrarrestar sus efectos con el de su propia Pedagogía. En todo caso, el fin perseguido por las enciclopedias ha sido siempre el de una Instrucción a través de una Información aparentemente objetiva pero tendenciosamente seleccionada y orientada.

En la actualidad, la forma enciclopédica, ya totalmente popularizada, ha venido a completarse con el recurso de la concentración informática. En efecto, el invento de máquinas de datos supone una ventaja cuantitativa insuperable: no hay procedimiento personal ni manual que pueda compararse y la misma Investigación Científica parece irremediabilmente destinada a valerse de la Informática. Pero las exigencias técnicas de este nuevo sistema mecanizado de Información aconseja la concentración en establecimientos internacionales especializados, con la inevitable consecuencia de colocar los resortes de la Información mundial en manos de unos pocos dominadores técnicos e impersonales de la misma. El posible anonimato de los artículos de Enciclopedia viene a agravarse así con la despersonalización absoluta de la Informática. El prestigio de objetividad viene a sublimarse de este modo con la misma mecanización, como si no supiéramos que las máquinas no pueden acumular más datos que los que unos hombres concretos quieren suministrarles, ni ordenarlos con otros programas que los que tales hombres les imponen.

Como es inevitable en la era de la electricidad que vivimos, los centros productores de la información tenderán a concentrarse, y a alejarse, por tanto, del usuario. La información quedará así aún más despersonalizada por la misma distancia. Ese es el ideal de la teleinformática, una de la amenazas más graves contra la libertad del pensamiento, pues cualquier actividad cultural necesitada de información deberá, según este esquema, quedar supeditada a una línea terminal de una agencia impersonal, lejana y siempre tendenciosa.

De esta suerte, con el progreso técnico de la Informática, la Información ha venido a caer bajo la más dura dominación ideológica. Porque la forma enciclopédica no era tan difícil de realizar como para que no surgieran otras empresas de ideología contraria, pero la organización informática es tan difícil que no admitirá muchas competencias. Contra su dominio no parece quedar otro recurso que el de colocarse fuera de las vías de la Información, lo que viene a parecer como una renuncia a tener datos, y, en la mentalidad cuantitativa

actual, una renuncia a la Cultura, puesto que ésta se quiere hacer cifrar en la cantidad de datos de que se dispone. Por lo tanto, nos hallamos hoy ante una dominación de la Cultura mucho más dura que la de la forma enciclopédica.

La otra línea que tangencialmente interesa a nuestro tema es, decíamos, la que va de la Publicidad a la Propaganda.

Tenemos aquí un fenómeno enteramente paralelo al del monopolio de la instrucción científica y cultural a que acabamos de referirnos. No se trata ya de libros, completados y parcialmente sustituidos por la Informática electrónica, sino de la prensa, completada y parcialmente sustituida hoy por otros medios eléctricos de comunicación periódica. La progresiva tecnificación de estos medios de comunicación ha impuesto dos condicionamientos decisivos de los mismos: el primero es la necesidad de las agencias de información, cuya orientación ideológica tendenciosa y ambición exclusivista tratan de imitar las nuevas Centrales de Informática a que antes nos hemos referido; el segundo condicionamiento es el de que tales medios de comunicación no son económicamente posibles si no se valen de la publicidad comercial para su mantenimiento.

Ahora bien, la publicidad comercial es una forma de persuasión que trata de dominar, incluso con pretensiones científicas, la sensibilidad de los consumidores y su misma conciencia: es así una forma de propaganda, como puede ser la ideológica, y dada la importancia de su presencia en la inserción dentro de tales medios de comunicación de masas, toda la publicación de noticias queda en cierto modo contaminada por este tipo de propaganda publicitaria. Así, pues, también esos medios de comunicación sirven, en principio, al fin de suministrar noticias, es decir, datos de actualidad, pero, por los criterios de selección, por la forma de presentación, por esa misma contaminación de la publicidad comercial, se convierten en formas de propaganda ideológica más o menos disimulada.

Del mismo carácter publicitario depende la difusión, por los medios actuales de comunicación de masas, de imágenes que condensan en su convencional fijeza toda la fuerza de un símbolo, es decir, unos verdaderos iconos. Lo que apareció y sigue valiendo en la representación religiosa como forma de evocación dogmática —las imágenes y estampas fácilmente identificables del Cristo, de Nuestra Señora y de los Santos, de los Misterios de la Religión e Historia Sagrada— se ha convertido

hoy en abusado instrumento de la propaganda ideológica —con las más variadas formas de “posters”, figuras de marca y emblemas— así como de la publicidad comercial de cada minuto. A la vez que la capacidad de lectura del hombre moderno ha disminuido por el estrago de la aceleración de estímulos audiovisuales, su sensibilidad se ve hoy dominada también por el abuso iconográfico de la Información, y parece llegada la hora de denunciar ese abuso iconográfico. Porque pertenece sí a la más admirable infancia espiritual el mantener la devoción a los iconos religiosos como constatación popular de la Fe, pero ¿qué puede justificar, en cambio, si no es por engaño de la peor Pedagogía, que nos hagamos “como niños” para aceptar sin reflexión ni crítica, los mitos ideológicos y comerciales que se nos quiere imponer a la fuerza?

Por la consideración de esta doble tangencia podemos llegar a la conclusión de que no hay ya una clara separación entre la Instrucción y la Información. La Instrucción ha dejado de ser la formación de los jóvenes para convertirse en permanente y total pedagogía sobre toda una sociedad puerilizada, a la vez que se ha reducido a un suministro de datos hábilmente seleccionados. Por su lado, la Información general se ha convertido en una Instrucción altamente tecnificada. De ahí lo que podríamos llamar, con un término de moda, la “polución pedagógica” del mundo que vivimos, puesto que todos los datos que se suministran llegan con una carga de larvada pretensión de formar las mentes de los que los reciben. En algunos momentos, y especialmente para una personalidad cultivada por otros medios, este pedagogismo que domina las comunicaciones de masa llega a hacer asfixiante la atmósfera de la convivencia social. Constituye un verdadero atentado a la libertad personal, agravado por el efecto natural del mismo aumento de la información, que es la exclusión de toda capacidad reflexiva del destinatario de los datos suministrados; porque la reflexión personal es imprescindible para una verdadera formación de la persona humana, para un mejoramiento del “ser” con el que se supere la simple acumulación irreflexiva de datos accesibles; pero el asedio constante de noticias, en proceso de provisionalidad acelerada, ha hecho imposible el sosiego necesario para cualquier tipo de reflexión. La cultura del “ser” ha quedado desplazada por el prestigio del “tener” que con tales procedimientos publicitarios trata de imponerse a la sociedad actual.

La ironía universitaria

Una reacción, una verdadera contestación contra esta tiranía informático-pedagógica que domina hoy el mundo quizá sólo puede esperarse de la formación universitaria.

Pertenece a una tradición esencial de la más auténtica Universidad una cierta exención territorial, que suele manifestarse en forma de "fuero universitario", pero que arraiga en una más amplia actitud intelectual de libertad respecto a los condicionamientos sociales del espacio en que cada universidad accidentalmente se aloja: una exención del hábitat sociológico y hasta de la misma Sociología, puesto que ésta tiene por objeto precisamente el asentamiento masivo del que la institución universitaria pretende librarse para poder cumplir sus fines más propios. Esto supone consecuentemente una voluntad de liberación de las universidades frente a las formas de la Información y la Instrucción sociales que la rodean.

La misma información científica, para ser propiamente universitaria, no puede depender del suministro de datos de centros extrauniversitarios, aunque éstos se presenten como insuperables centros de Investigación Científica. Quizá el universitario deba correr el riesgo de reducir cuantitativamente su información, en la seguridad de mejorar con ello la calidad, y la idoneidad de aquella información para el trabajo científico que debe realizar. De hecho, la sensibilidad del universitario suele reaccionar con repulsa ante datos descualificados de la Informática, y prefiere buscar su propia información por otros medios que le permitan la selección y crítica personales. Puede decirse, en este sentido, que la universidad contrapone sus propias formas de estudio y su estilo de formación cultural al modo social de la Instrucción e Información públicas: se trata, en el fondo, de un distinto concepto de la Cultura.

Siendo la universidad una forma de convivencia científica, es claro que no puede prescindir de la especialización. Reducirla a un cultivo de ideas generales, incluso de alto rango filosófico, como han querido algunos pensadores, sería condenarla a no ser científica, pues las ciencias siempre son especiales y no hay ninguna —ni siquiera la Filosofía, ni siquiera la Teología— que abarque a todas en unidad superadora. La cultura universitaria, por lo tanto, presupone la especialización científica, pero debe abandonarse de una vez para siempre la

ilusión de realizar la Cultura por una simple acumulación de datos, como puede hacer una enciclopedia o una máquina informática. Cultura quiere decir cultivo, y un cultivo, en Ciencia, sólo puede ser especializado. Pero el cultivo de una determinada especialización, primera condición para una verdadera Cultura, debe redundar en una apertura inteligente hacia las otras especializaciones científicas. Sólo por la convivencia de especialistas no obstinadamente encerrados dentro de sus propios intereses científicos se puede alcanzar, y precisamente en un ambiente universitario, aquel logro de una Cultura comunitaria, de la que participen todos los que la integran. Como en toda comunidad, también en esta de la convivencia universitaria, se requiere una comunicación del que da o está dispuesto a dar lo suyo y una participación del que toma o está dispuesto a tomar lo que los otros le comunican. En esta comunicación de saberes consiste hoy, en mi opinión, la Cultura universitaria.

Pero ¿qué es lo que puede librar a esta Cultura universitaria de la presión que ejerce en toda la sociedad ambiente la informática pedagógica?

El ingrediente del estilo cultural universitario que puede servirle de defensa contra tal presión es, en mi opinión, la ironía: y entendemos aquí por ironía aquella actitud personal espontánea que presenta como relativo y opinable lo que realmente se ha logrado con la convicción de ser verdadero: el tono intelectual de quien dice "si no me equivoco, dos y dos son cuatro" o "parece que Dios existe".

Aunque, en una forma extremada, esta actitud irónica podría resultar muy afectada y aún reprobable, constituye por sí misma la más eficaz defensa contra el pedagogismo informático a que nos venimos refiriendo como un mal social de nuestros días. En efecto, este pedagogismo toma como objeto de su propaganda, y, por lo tanto, con aparente firmeza y seriedad, lo que en el fondo considera como contingente, convencional y relativo, pues depende de la moda, pierde vigencia por el transcurso del tiempo y debe ser constantemente revisado y actualizado. La ironía universitaria, en cambio, relativiza aparentemente como opinión personal aquello que en el fondo se admite como verdadero, firme y perenne. Son así dos actitudes totalmente inversas. Naturalmente, esta actitud irónica del universitario no puede entrar sin más en el juego dialéctico de la propaganda social, pues su deliberada debilidad la inhabilita para tal contraste; en cambio, puede excluir

del ambiente universitario y de la formación que en tal ambiente de libertad se procura, la intrusión del pedagogismo social, fácilmente ridiculizable. Con este fin, la ironía se muestra como un remedio muy eficaz.

Por lo que concretamente se refiere a la dependencia de la Investigación científica respecto al suministro centralizado de datos, me permitiré leer aquí un comentario que un cierto autor, que dobla la normal ironía universitaria con un cierto humor céltico, hacía acerca de los nuevos procedimientos electrónicos de información bibliográfica: "kwic: es una más en este siglo de las siglas que vivimos. Quiere decir: Keyword in Context, o sea, un registro de las palabras que aparecen en el contexto de los títulos bibliográficos. Por ejemplo, un autor titula su escrito 'El alcohol en la Marina japonesa': esto pasa a un aparato ordenador que lo registra bajo 'alcohol', bajo 'marina' y bajo 'japón'. El resultado es colosal, porque si luego otra persona quiere escribir, por ejemplo, sobre 'La Marina después de 1945', no dejará de consultar el artículo registrado (escrito quizá en japonés). Naturalmente, se encontrará con varios millares de escritos registrados bajo 'marina', que deberá consultar. El problema que entonces surge es que abandonará su proyecto de escribir nada, o dejará que los ordenadores guarden su información en el más estricto secreto. También puede ocurrir que un autor algo caprichoso y temperamental intitule, por ejemplo, una antología de moralistas castellanos del siglo xvii, como 'Flores de varias y sabia lección'. Entonces el ordenador ofrecerá su obra a los botánicos bajo 'flor', a los historiadores del teatro frívolo bajo 'variedades', a los filósofos bajo 'sabiduría' y a los pedagogos bajo 'lección'; pero el estudioso del Siglo de Oro no se enterará. Con esto aprenderán los autores a intitular correctamente sus obras. Nada mejor quizá que consultar para ello al mismo aparato ordenador que es 'quien' debe informar a los demás. Podemos imaginar entonces que el ordenador empieza por registrar todas las palabras contenidas en la obra para luego dar su título racional sobre un índice de frecuencia. Claro está que los ordenadores son muy inteligentes y saben prescindir de las palabras menos substantivas, sin dejar por ello de ponerlas luego para articular el título racional que resulte. Para nuestra antología de moralistas castellanos del xvii podría resultar entonces un título aproximadamente así: 'Yerros de la prudencia de Dios'. Me temo, sin embargo, que la obra seguiría siendo desconocida para el estudioso

del Siglo de Oro. Porque no hay que olvidar que el mismo 'Siglo de Oro', en el ordenador, se descompone en 'siglo' para los especialistas en Cronología, y 'oro' para los de Mineralogía".

Y terminaba diciendo nuestro autor, a modo de moraleja: "Si quieres escribir, como porfias, olvida, amigo autor, bibliografias".

Es claro que no podemos pretender en serio que el universitario renuncie a la bibliografía sobre los temas de su labor investigadora, pero no es menos cierto, por un lado, que puede verse abrumado muchas veces por tal abundancia de literatura que paralice su propia producción; por otro lado, que la bibliografía indiscriminada que le proporcionan los medios tecnificados de documentación le resulta muchas veces inservible y, en todo caso, desconectada del ritmo y tono de su propio trabajo universitario. Porque no hay que olvidar que el uso de la bibliografía es, después de todo, un sustitutivo del diálogo. Lo que el hombre de ciencia realmente busca es confrontar su propio pensamiento con el de otros que se han ocupado de la misma cuestión que le ocupa, y la lectura del libro o del artículo sirve para sustituir ese diálogo que la distancia temporal o espacial hace imposible. Como en toda interlocución inteligente, se trata de asimilar el pensamiento ajeno y de razonar con su autor; como en todo contacto personal, es natural la discriminación, de respetabilidad diríamos, entre unos autores y otros autores. Todo esto viene a quedar arruinado por la mecanización informativa y aun más por la reducción de los escritos a escuálidos extractos o referencias generalmente hechos sin consideración de matices expresivos, cuando no totalmente falsos.

De este modo, se impone al universitario, si no abdica de lo que podríamos llamar su "fuero informativo", el mantener sus propias vías de comunicación y sus propios criterios de selección bibliográfica.

Se une a esta repulsa de la documentación mecanizada la natural intolerancia del deterioro intelectual que inevitablemente sufren las ideas al ser canalizadas e iconizadas por los medios de comunicación social. Es frecuente observar el papel desvaído que muchos universitarios representan al aparecer utilizados por esos medios; el triste aspecto que suele ofrecer un sabio entrevistado en las pantallas de la televisión, en un breve espacio entreverado entre la penúltima canción de moda y un anuncio de detergente, pero no hay que olvidar tampoco la penosa impresión que a este mismo sabio produce la divulgación de re-

sultados científicos o de datos simplemente culturales, en aquellos mismos canales, y sobre todo la renuncia que en ellos resulta imprescindible a toda crítica o rectificación posterior. Y esto afecta, en cierto modo, a toda la documentación mecanizada. No hace muchos años, un centro de investigación universitario descubrió el error de un dato suministrado por una cierta informadora electrónica: la contestación a la advertencia fue simplemente: "por favor, no lo divulguen". Las máquinas, después de todo, tienen también su punto de honrilla.

Universidad y sociedad

Pero hay más. El tipo de documentación masiva y tecnificada que esta organización electrónica suministra puede servir precisamente para los fines de la Información, en el sentido de informar al que a su vez informa. Pero el fin de la Universidad no es la Información, sino la formación de los estudiantes y el trabajo científico desinteresado. La universidad no entra, no debe entrar, como un eslabón más, como un transformador eléctrico en la cadena informativa de la sociedad. La universidad vive la Ciencia a su modo y aparte, y precisamente por esa su particular autonomía puede rendir un mejor servicio a los hombres en general, incluso a la misma sociedad que más allegadamente la aloja. Los que no piensan así, si quieren ser consecuentes —y no faltan algunos que lo son—, deben proclamar que la vieja institución universitaria es anacrónica y representa un obstáculo para la mejor fluidez de los circuitos de la información social. En el fondo, la "contestación universitaria", tan viva en nuestro tiempo, no es más que una reacción social —aunque sea protagonizada por quienes aparentan una actitud de protesta contra la sociedad actual—, una reacción de la masa social contra la subsistencia de un núcleo que no se deja asimilar por ella. Se rebelan contra la universidad y su esencial ironía, siendo ellos mismos incapaces de ironía, pues no pueden afectar debilidad cuando ya están irremediablemente inseguros de lo que delienden.

Cuando hoy se sostiene —y es muy corriente— que las universidades deben participar activamente en las incidencias sociales de su contorno, no se repara quizá en que con ello se las obliga a entrar en el juego de aquellas actitudes de propaganda contra las que deberían prevenir a la juventud en virtud de su propio estilo, es decir, median-

te el recurso de la ironía. Perdida la ironía, el universitario se ve fatalmente dominado por la propaganda social, y se viene a desvirtuar su propia Cultura. Aunque en el futuro de sus vidas casi todos los estudiantes universitarios se van a encontrar necesariamente inmersos en un quellacer de la vida social, su formación universitaria les puede haber fortalecido para no sucumbir ante las fuerzas sociales dominadoras de la inteligencia; en cambio, si ya durante el tiempo de su formación universitaria sucumbieron ante la presión de tales fuerzas, de la Información y la Instrucción socialmente controladas, de la Publicidad comercial y la Propaganda, es imposible que luego puedan reaccionar contra tal presión. En este sentido, la ironía debe ser apreciada como una reserva defensiva de la libertad personal, una reserva que debe ser prudentemente acumulada durante los años de estudio en la universidad.

Las universidades han servido tradicionalmente para crear una clase intelectual, o lo que es lo mismo, unos "intelectuales de clase", es decir, de calidad, y su mérito ante la sociedad ha sido precisamente ése. La revolución igualitaria de nuestra época parece haber querido poner la institución universitaria al servicio de una elevación masiva de la cultura popular, y ha abominado de aquel pasado alegando la censura de "clasismo". Pero con ello parece haber amenazado gravemente la razón de existencia de aquella institución.

Es evidente que la función selectiva que las universidades cumplen no se presenta del mismo modo ni con idénticos objetivos a lo largo de los siglos, pero siempre parece haber servido de alguna manera para crear una reserva de la sociedad contra la constante de la Barbarie. Si en otros tiempos el conocimiento del Latín pudo ser la señal distintiva de esa clase intelectual necesaria, la de hoy parece estar, antes que en una forma de expresión, en una independencia de recepción frente al pedagogismo abrumador de los medios informativos que hoy padecemos: en una sosegada luminosidad que permita ver, contemplar y vivir la Verdad, que el centelleo del agitado contorno social oscurece.

Porque, en los tiempos aflictivos que vivimos, muchos pueden haber perdido su esperanza en las reservas humanas con qué superar la crisis de nuestro siglo. Y son muchos los que parecen haber perdido su confianza en la institución universitaria, asediada como está por presiones sociales sofocantes. Tengo para mí, sin embargo, que en la tradición

de esta vieja institución medieval es posible encontrar todavía la forma de vida, la ironía necesaria, para conjurar muchos males intelectuales que hoy nos acechan. En último término, vale la lealtad a esa tradición universitaria de la inteligencia como una fuerte defensa de la auténtica libertad del espíritu.

ALVARO D'ORS*

*Profesor de Derecho Romano, Universidad de Navarra (España). Conferencia pronunciada en el ciclo *Historia y Cultura*, Colegio Mayor Belagua (1974-75); con la gentil autorización del autor.